



COMO PABLO, MISIONEROS POR VOCACIÓN

DOMUND, 2008

«A toda la tierra alcanza su pregón» (Sal 19,5). Ésta es la misión que la Iglesia ha recibido desde el primer momento del Señor: «Id por todo el mundo y proclamad el evangelio» (Mc 16,15). Aquella profecía del salmista se cumplió plenamente en la vida de Pablo, apóstol de las gentes, misionero por vocación. Su deseo de anunciar el evangelio llegó hasta los confines de la tierra (cf. Rom 10,17-18). En un pasaje de su última carta, la que escribió a los Romanos (cf. Rom 15, 24. 28), refleja su propósito de llegar hasta España, el extremo de Occidente, para anunciar el Evangelio por doquier hasta los confines de la tierra entonces conocida. Y en la misma carta, reconoce haber llevado su anuncio a los lugares conocidos hasta ese momento: «Desde Jerusalén y en todas direcciones he dado a conocer el evangelio de Cristo» (Rom 15,19).

Benedicto XVI nos recuerda en su primera catequesis sobre San Pablo que «desde el primer momento había comprendido que esta realidad no estaba destinada sólo a los judíos, a un grupo determinado de hombres, sino que tenía un valor universal y afectaba a todos, porque Dios es el Dios de todos» (25.10.2006).

Y esta convicción llevó al apóstol a recorrer los lugares donde evangelizó: «El punto de partida de sus viajes fue la Iglesia de Antioquía de Siria, donde por primera vez se anunció el Evangelio a los griegos y donde se acuñó también la denominación de "cristianos" (cf. Hch 11, 20. 26), es decir, creyentes en Cristo. Desde allí se dirigió a las regiones de Asia Menor y después a las de Europa» (25.10.2006).

Al reconocer en él el modelo que podemos tener a la vista para vivir el encargo misionero del Señor, surge en nosotros una pregunta: ¿Qué llevó a San Pablo tan lejos en el anuncio del evangelio? La respuesta se hace evidente: sin duda que fue su vocación. Él mismo lo confiesa: «Dios, que me eligió desde el seno de mi madre y me llamó por pura benevolencia, tuvo a bien revelarme a su Hijo y hacerme su mensajero entre los paganos» (Gal 1,15-16).

Vocación, invitación

Dios estuvo desde siempre en su vida. Desde el seno de su madre, Pablo fue llamado, como el profeta Jeremías, como el Siervo de Dios. Así es la vocación. Una llamada de Dios que se produce incluso antes de que el hombre pueda responder, más aún antes de que uno pueda tener conciencia de que Dios se ha fijado en él. «De aquí –

nos explica Benedicto XVI- se deriva una lección muy importante para nosotros: lo que cuenta es poner en el centro de nuestra vida a Jesucristo, de manera que nuestra identidad se caracterice esencialmente por el encuentro, por la comunión con Cristo y con su palabra. A su luz, cualquier otro valor se recupera y a la vez se purifica» (25.10.2006).

La llamada la recibió del Señor Resucitado, pero fue la Iglesia quien le ayudó a madurarla. En la persona de Ananías, Pablo quedó confirmado como el *instrumento elegido para llevar el nombre del Señor a todas las naciones* (Hch 9,15). Con la presentación de Bernabé ante los Apóstoles, la misión de Pablo quedó corroborada (Hch 9,27).

No podía ser de otra manera, la vocación es del Señor, pero se explicita y se discierne en la Iglesia. Por eso, también la misión se recibe en la Iglesia. Es en la Iglesia de Antioquía, puesta en oración, donde el Espíritu manifiesta la misión de Pablo: *Separadme a Bernabé y a Saulo para la misión que les he encomendado* (Hch 13,2). Pero, en medio de la comunidad, se tiene la certeza de que es el mismo Señor quien llama y de que es él quien nos fortalece para cumplir el encargo recibido: «Dios nos ha confiado este ministerio. Por eso, no nos desanimamos. Evitamos los silencios vergonzosos y el falsificar la palabra de Dios» (2 Cor 4,1).

No me he reservado nada, quería entregaros mi propia persona

La misión se realiza con la pobreza de la palabra... pero ésa es su propia fuerza como escribía Pablo a los Tesalonicenses, recordando el inicio de su fe: «El evangelio que os anunciamos no se redujo a meras palabras, sino que estuvo acompañado de la fuerza y plenitud del Espíritu Santo» (1 Tes 1,5). Porque a la palabra estuvo siempre unida su vida: «Tanto os queríamos que ansiábamos entregaros no sólo el evangelio de Dios, sino también nuestras propias vidas» (1 Tes 2,8). Por eso, no ahorró esfuerzo alguno: «No he omitido nada de cuanto os podía ser útil. Nunca dejé de anunciaros todo el designio de Dios» (Hch 20,20.27). De este modo, confió siempre en la fuerza de la palabra que anunciaba: «Ahora os encomiendo a Dios y a su mensaje de gracia» (Hch 20,32).

He trabajado por adaptarme a todos

En su entrega sin reservas, gastándose y desgastándose en la misión, Pablo nos dejó un estilo propio de hacer llegar a todos los hombres el anuncio del evangelio: «He trabajado por adaptarme lo más posible a todos, para salvar a algunos como sea» (1 Cor 9,22). Pero eso, no le impidió la libertad para ser siempre fiel al mensaje: «Hablamos no como quien busca agradar a los hombres, sino a Dios» (1 Tes 2,4). Una libertad que nace del desprendimiento interior de todo lo que impide abrazar la voluntad de Dios: «No nos anunciamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo, el Señor» (2 Cor 4,5).

Muchos de sus consejos siguen siendo válidos para revitalizar la dimensión misionera de nuestra Iglesia. Hoy sus palabras siguen abriendo caminos pastorales. Un modo siempre válido de trabajar por la misión es la oración: «Rogad para que la palabra

de Dios siga extendiéndose y sea glorificada como lo es ya entre vosotros» (2 Tes 3,1). Una oración, mucho más elocuente ante Dios y ante los hombres cuando expresa la comunión eclesial: «Que con un solo corazón y una sola boca alabéis a Dios» (Rom 15,6). Un camino ineludible es ofrecer la palabra recibida: «Toda Escritura ha sido inspirada por Dios y es útil para enseñar, persuadir y educar» (2 Tim 3,16). Por eso, aconsejaba a sus comunidades: «Aspirad al don de hablar en nombre de Dios» (1 Cor 14,39). Pero, para eso, es necesario que cada uno encuentre su propia vocación eclesial, porque «Dios ha asignado a cada uno un puesto en la Iglesia» (1 Cor 12,28).

Nos urge a todos, de esta manera, a tomar conciencia de la importancia de la pastoral vocacional. Pablo recomendaba a Timoteo algo que puede sintetizar nuestro trabajo vocacional: «Lo que has oído de mí en presencia de muchos testigos, confíalo a hombres fieles, que a su vez sepan enseñar a otros» (2 Tim 2,1). Él sabía por propia experiencia que el anuncio del evangelio va siempre unido a la llamada vocacional. Recogió la tradición del propio Jesús y como el propio Jesús hizo de sus colaboradores el retrato más elogioso que puede hacer un apóstol: «A ti compañero fiel, te ruego que las ayudes, pues se batieron conmigo por el evangelio, junto con el resto de mis colaboradores, cuyos nombres están escritos en el libro de la vida» (Flp 4,3).

El Señor no dejará sin recompensa vuestra fatiga

Llamado y enviado por el Señor, su apostolado tuvo siempre un marchamo inconfundible: la gratuidad. Se lo confesó a los Corintios: *anunciar el evangelio no es para mí un motivo de gloria. Es una obligación que tengo... ¡y pobre de mí si no anunciara el evangelio!* (1 Cor 9,16). Y manifestó el secreto de su motivación misionera: *Nos apremia el amor de Cristo* (2 Cor 5,14). Por eso, *mi recompensa está en que, anunciando el evangelio lo hago gratuitamente* (1 Cor 9,18).

Gracias al apóstol Pablo, a toda la Tierra alcanza el anuncio de la fe. En él encontramos un ejemplo a seguir, un modelo para evangelizar: «He trabajado con esfuerzo y fatiga día y noche. Quise dejaros un ejemplo que imitar» (2 Tes 3,8-9). Por eso, en el Año Paulino, nosotros, misioneros también por vocación queremos seguir su consejo: «trabajad sin descanso en la obra del Señor... que el Señor no dejará sin recompensa vuestra fatiga» (1 Cor 15,57).

«Pablo, apóstol de Jesucristo por voluntad de Dios» (1 Cor 1,1), ayer. Hoy, todos nosotros, continuadores de esta misma misión. En nuestra diócesis y en el mundo entero. Algunos hermanos salen en estos días hacia América, continente abierto a la esperanza...



+ Rafael Palmero Ramos
Obispo de Orihuela-Alicante